



Guillermo Matta

Tomás A. Cochrane

Tomás Alejandro Cochrane nació el 27 de diciembre de 1775. Hijo de Archibaldo Cochrane, conde de Dundonald, sobrino del almirante Alejandro que alcanzó gran nombradía en la guerra americana, descendía de una de esas antiguas familias escocesas en las que el valor es hereditario con el recuerdo de las proezas de sus antepasados. Patricio de nacimiento, su padre siguiendo la costumbre general del país, resolvió dedicarlo a la marina desde su más tierna edad, aprovechando el valimiento de Alejandro Cochrane, que solicitó de transmitir a su familia el prestigio de sus empresas navales; divisaba también en el pequeño Tomás el germen de esa voluntad indomable, de ese arrojo impetuoso, de esa rápida ejecución del pensamiento que constituyen los genios militares.

Contaba once años apenas cuando le llevó su tío consigo, principiando su educación al cuidado del ilustre almirante, que uniendo la teoría a [140] la práctica estimulaba su valor en los peligros, ejercitaba su entendimiento en las maniobras, cultivando, la decidida afición que mostraba el joven para las artes de la guerra. Preparado en esta escuela, manifestábase su vocación cada día más irrevocable, sin embargo de las molestas dilaciones que entorpecen los primeros pasos en la profesión marítima, mayormente en países como Inglaterra, en los que se aumentan tanto más las dificultades de los ascensos, cuanto es más crecido el número de pretendientes; siendo un mérito nunca desmentido y frecuentemente ejercitado en largos años de servicios, el único camino que lleva a los elevados puestos.

Habiendo alcanzado su grado de teniente, pasó el joven Cochrane a servir bajo las órdenes de lord Keith, almirante británico encargado de cruzar las costas francesas y españolas (1797). La ocasión se ofrecía propicia a los anhelos del mancebo: rotas las hostilidades entre Inglaterra y las fuerzas unidas de Francia y España, el mar era teatro

frecuente de encarnizados combates, como que los beligerantes comprendían que el dominio del océano, era la gran clave de los triunfos terrestres. Las flotas se empeñaban a menudo, ya en encuentros particulares, ora en combates generales, brindando siempre a la ambición juvenil inmenso campo para brillantes hazañas; y bajo estos auspicios no pasó mucho tiempo sin que Cochrane manifestase que no eran infundadas las esperanzas que su familia y él propio, cifraban en sus relevantes cualidades. Mandaba la Reina Carlota, aunque en clase de teniente por ausencia del capitán, cuando se avistaron en la bahía de Algeciras, varias embarcaciones enemigas atacando un pequeño buque inglés, que acosado por número superior parecía próximo a rendirse, logrando los agresores aferrarlo con amarras para sacarlo del puerto. El almirante Keith visto el peligro despachó a la Esmeralda y Reina Carlota en persecución del enemigo, que a poco andar abandonó la presa a la Esmeralda, mientras Cochrane lo seguía de cerca dándole caza sin consideración a la notable desigualdad de sus fuerzas: arrojo que amedrentó a los contrarios en términos de hacerles huir, protegidos por la noche que principiaba a caer y el viento que les soplaba favorable (1801).

Este rasgo del denuedo del teniente Cochrane no pasó desapercibido a los ojos del almirante Keith, quien aplaudiendo el bizarro comportamiento del joven, quiso estimular su valor confiándole el mando del Speedy de 14 cañones. Nada más halagüeño para Cochrane que el mando en jefe de un buque, sin la incómoda sujeción que humillaba su orgullo, esterilizando la belicosa actividad de su genio. Ardiente por temperamento, impetuoso hasta lo temerario, mañoso por sistema, solícito de ilustrar su nombre dando cima a peligrosas expediciones, era su índole predestinada para esa guerra de maniobras en que se burla la superioridad numérica del enemigo, para esos combates de abordaje en que los hombres se estrechan y las armas se confunden, para realizar esos dificultosos planes que tanto se desprecian al sospecharse concebidos, como maravillan y pasman al mirarlos [141] realizarse. Entregado a sus propias inspiraciones daba suelta a su ambición, mientras cruzaba los mares en busca de combates que a la verdad no escaseaban para el que los desease; pues los buques de ambas, flotas surcaban, las riberas en todas direcciones; y a poco tiempo topó con el bergantín Carolina que apresó; dándole alientos este buen éxito para acometer otras empresas de mayor importancia. Bordeando las costas españolas, encontró como a seis leguas de Barcelona la hermosa fragata Gamo, que enarbolaba el pabellón enemigo, montando 32 gruesos cañones y 319 hombres de tripulación; fuerzas infinitamente superiores a las suyas, y que a cualquiera otro habría parecido loca pretensión entrar con ellas en lucha tan desigual; empero Cochrane con ese instinto del genio que adivina los resultados, con la ceguedad del valor que nada ve mas allá del blanco de sus deseos, con la confianza que inspiran las convicciones profundas, supo infundir a su tripulación los bríos que le sobraban: y soldados y jefe se apercibieron para una riña a muerte, en la que no había otra probabilidad que el renombre alcanzado por las armas británicas y la persuasión que jamas abandona al marino inglés de que nunca la estrella de Albión se eclipsará en los mares. Cochrane comprendió muy bien que era necesario frustrar por medio de maniobras, la superioridad que daban al enemigo el número y alcance de sus cañones; así desplegando toda vela, se lanzó con cuanta rapidez era posible hasta colocarse muy próximo a los costados del Gamo; de manera que la altura de éste inutilizaba sus furiosas andanadas, que pasaban a muy subido nivel sobre la cubierta del Speedy, que podía reconcentrar todos sus fuegos en la fragata, demasiado pesada para moverse con la celeridad del pequeño barquichuelo inglés. Al cañoneo sucedió bien pronto la fusilería y tras esta dióse la voz de abordaje, trabándose la riña con arma blanca, confundidos los combatientes en las cubiertas de ambos buques, menudeándose recios golpes, incierto el resultado hasta que la valentía de los unos, arrolló victoriosa el

inmenso número de los otros, quedando el Gamo presa del Speedy que lo remolcó a sus costados (1801).

Cebada su actividad con el reciente suceso y juntándose con el Cangeroo, buque inglés empleado también en el crucero, resolvió atacar al enemigo en donde quiera que le encontrase; resolución que puso en planta llegado que hubo a su conocimiento que un convoy español, compuesto de tres buques de guerra, un jabeque, tres cañoneras y doce mercantes se abrigaba bajo las baterías de Oropeso (Castilla la Vieja). La empresa era arriesgada en gran manera; porque sobre excederles en número el enemigo, estaba protegido por la artillería de los fuertes terrestres, necesitándose apelar a toda la proverbial sangre fría del soldado británico para no cejar a la imponente vista de las baterías y buques españoles, que amenazaban acribillar con un diluvio de balas los pequeños buques ingleses. El, Speedy y Cangeroo siguieron derechamente y a toda vela su derrotero hacia el convoy y sin dignarse atender a los tiros que cruzaban en todas direcciones, [142] despacharon sus botes al abordaje: el combate se hizo general; buques y baterías desparramaban abundante metralla, arreciándose la pelea a medida que era progresivo el paso de los ingleses y se estrechaban los españoles, impotentes para resistir el impetuoso empuje de Cochrane que perfectamente secundado por el Cangeroo, conservaba siempre su impasible prudencia para aprovechar el espanto del enemigo. Los agresores después de dos horas de obstinada lucha, inutilizaron las baterías terrestres, echaron a pique el jabeque y dos cañoneras y marcharon directamente a los buques, salvándose los unos merced a la velocidad de su andar, huyendo los otros; porque no había como asegurarlos, quedando finalmente tres en poder de los vencedores. El combate duró tres horas de mortífero fuego y Cochrane recibió una pequeña herida.

Tras estas prósperas empresas que animaban más la fogosa movilidad de su genio, no era otro su pensamiento que conquistarse nuevos títulos para la consideración de sus conciudadanos, arrancando difíciles laureles en campos que ninguno se habría atrevido a explotar. Como todos los caracteres superiores desdeñaba las tardas vías que otros abrazan para alcanzar la celebridad: los grandes obstáculos, las dificultades insuperables eran sus elementos, lo maravilloso su aspiración, lo nuevo del pensamiento, lo rápido de la ejecución los encantos que buscaba, despreciando los medios términos, pequeños estímulos para saciar la voracidad de su espíritu, ávido de emociones proporcionadas a sus bríos. Bien luego se labró Cochrane una reputación acreditada por sus atrevidas operaciones en el Mediterráneo; parecía multiplicarse con su actividad para acudir a donde quiera que se presentase un enemigo que atacar, una aventura arriesgada que acometer; su nombre era repetido en toda la costa, con pavor por los enemigos, con aprecio por los suyos, y en solo diez meses que mandó ese despreciable barquichuelo de 14 cañones, hizo presa de 33 buques con 533 hombres de tripulación.

En 1802 un acontecimiento inesperado vino a retardar algún tanto la realización de las bellas esperanzas que se había formado el valeroso marino. Navegaba en su pequeño buque, cuando fue sorprendido y tomado prisionero por la armada francesa al mando del almirante Linois, quien bastante noble para apreciar el relevante mérito del joven teniente, permitió le conservar sus insignias, dióle el tratamiento a que su valentía era acreedora, complacido además el prisionero con la amistad de muchos oficiales franceses, que sabedores de sus hazañas, se apresuraban a manifestarle la sincera admiración de una generosa rivalidad. A los pocos meses fue canjeado por el gobierno británico, que deseoso de recompensar sus buenos servicios le confirió el grado de capitán, dándole el mando del Arab, posteriormente el de la Pallas de 32 cañones; pero la paz de Amiens que sobrevino interrumpió la guerra y postergó para otros tiempos las empresas que Cochrane meditaba llevar a cabo. [143]

Aquella naturaleza nacida para la lucha y el peligro no podía vivir en la indolencia; éranle menester la acción, el movimiento, los dramas de inesperadas peripecias; condenado a la quietud dirigió su actividad a otro terreno, y echándose en brazos de la política buscó en las batallas parlamentarias la emoción de los combates navales. Incapaz de transigir con sus principios políticos, liberales por convicción, no trepidó en abrazar el partido contrario al ministerio: los liberales de Honington le ofrecieron sus votos; pero derrotado en esta primera campaña electoral, esperó a las siguientes elecciones en que obtuvo los sufragios de los opositores de Westminster; bien que disuelto muy luego el parlamento, apenas tuvo oportunidad para manifestar sus aptitudes oratorias; sin embargo de que jamás desperdició ocasión de hostilizar a los ministros, ya oponiéndose a sus medidas en las discusiones parlamentarias, ora en los meetings, constituyéndose tribuno de los intereses populares. Esta actitud independiente del marino, atraía las simpatías de ese pueblo tan celoso de sus derechos, como entusiasta por sus defensores, y mayormente citando en Cochrane concurrían dos circunstancias harto poderosas para distraerlo de sus tendencias liberales; pues por una parte, sus antecedentes de familia podían asegurarle un rango distinguido en el bando aristocrático y por otra su profesión le colocaba directamente bajo la dependencia, del gobierno.

Declarada otra vez la guerra entre la Inglaterra y la Francia fue encargado Cochrane de recorrer las riberas francesas, y haciendo este servicio echó el ancla en la embocadura del Garona, a corta distancia de los acantonamientos franceses (1806). Imposibilitado para aventurar un ataque contra el grueso de la armada enemiga, despachó sus botes a caza de las embarcaciones sueltas, viniendo aquellos a poco espacio remolcando la Frapayeuse de 12 cañones, mientras una corbeta los perseguía de cerca. Los botes se defendieron vigorosamente, y Cochrane entre tanto daba cara a tres buques enemigos, rechazándolos con sin igual celeridad, persiguiéndolos hasta encallarlos en la playa; que tal fue el espanto que los sobrecogió y tal la irresistible impetuosidad del capitán inglés. Corrido un mes apenas se encontró con la Minerva, buque muy afamado en aquellas costas y que montaba 44 cañones; los dos adversarios eran bien dignos de medir sus armas, reputada la Minerva por una de las mejores velas de la armada enemiga, y Cochrane considerado como uno de los más distinguidos marinos de esa escuadra, en la que es un héroe cada soldado y un Nelson cada jefe. El combate, como era de esperarse, fue terrible, sangriento, uno de aquellos en que cada combatiente cree ser el Horacio de su patria, disputada con ahínco la victoria, como una gloriosa presa que el valor de los unos, no podía ceder al arrojo de los otros; bien que después de la más encarnizada lucha, la gallarda impetuosidad de los franceses, tuvo que deponer las armas ante la porfiada intrepidez de los marinos británicos. Cochrane continuando su victoriosa carrera no se limitó solo a sus expediciones [144] en el océano, sino que bajó varias veces a tierra, arrasó muchos castillos en las playas francesas, asaltó los unos, incendió los otros, aterrorizadas las poblaciones ribeanas, llevado su nombre en alas de la fama unido a terribles escenas, en las que la más inaudita audacia andaba a la par de la más refinada astucia.

Lanzado el grito en libertad en la península española (1808) tuvo Cochrane la honra de cooperar con sus esfuerzos para arrancar la presa de las garras del Emperador, tomando a los franceses el fuerte de Mongal, y defendiendo heroicamente el de Trinidad en la bahía de Rosas, con solo 160 hombres contra 1000 sitiadores; y vuelto al mar recorrió nuevamente las costas francesas, destruyó los telégrafos para entorpecer las comunicaciones del enemigo y saqueó los almacenes de provisiones que aquel tenía acopiadas para su escuadra.

La reputación de Cochrane se elevaba de día en día, orgullosa Inglaterra de sus expediciones, mientras él buscaba una nueva ocasión para mostrar al pueblo inglés cuan preciado valor tenían a sus ojos los sufragios de su patria. Ofreciose esta muy luego, tal tan arriesgada y fructuosa como pudiera ambicionada Cochrane. La escuadra francesa se guarecía en la ensenada de Aix Roads, confiada en las ventajas naturales de su posición que los más expertos marinos juzgaban inatacable, protegidos los buques por densos bancos de arena practicables sólo por embocaduras estrechas y bien guarnecidas. Lord Gambier, jefe de la flota inglesa, después de una prolija investigación juzgó imprudente si no descabellada y temeraria, toda tentativa de ataque, y se apercibía para separarse de aquel paraje, citando se presentó lord Cochrane comisionado por el almirantazgo para poner en ejecución el atrevido plan que había manifestado al gabinete británico, cuando éste sabedor de los conocimientos locales que Cochrane poseía, le consultó sobre los medios que pudieran arbitrarse para empeñar un ataque contra la flota enemiga. Cochrane expresó que en su opinión no era la empresa tan imposible como se juzgaba y que si se le facilitaban los medios, él tomaba sobre sí la responsabilidad del éxito. Decidido que se hubo el asalto, marchó Cochrane a reunirse con lord Gambier, a quien manifestó su plan que el almirante había juzgado un delirio, sino viniese de un marino hartos afamado por la novedad de sus expediciones y la audaz originalidad de sus planes. Ocho botes cargados de materias combustibles se pusieron a la disposición del intrépido capitán, con más una fragata para auxiliarle; y favorecido por una noche oscurísima pudo deslizarse por los estrechos boquetes, lanzando los brulotes, cuando calculó que reventarían en medio de la flota francesa apiñada en un reducido espacio. Grande fue el espanto de los franceses al sentir a sus costados estallar los brulotes, que incendiados con terrible estrépito, iluminaban las tinieblas de la noche con las rojizas llamas preñadas de mortífera metralla. A medida que era crecido el pavor, aumentaba el desorden, imposibilitadas las embarcaciones para maniobrar, [145] confundidas las órdenes de los oficiales con la grito de los marineros, aferradas las llamas a tres navíos, enredándose las anclas de los unos con las de los otros, vanos los esfuerzos de los capitanes, que procuraban restablecer la serenidad en las tripulaciones amedrentadas, que ya amenazaban arrojar a las aguas, ora se agrupaban sobre las cubiertas ignorantes de lo que acontecía: nada bastaba para mantener la disciplina, ya que no para defenderse contra enemigos perdidos en las sombras. Terrible fue el descalabro que sufrió la escuadra francesa, devorados por las llamas cuatro de sus navíos, ídose a pique uno hermosísimo de 74 cañones y mal parados los restantes; bien que Cochrane no quedó completamente satisfecho, echando en cara a Gambier que por su culpable negligencia se habían escapado algunos buques enemigos (1809).

Un clamor de admiración se elevó de todas partes, esparcida que fue la nueva de tan audaz empresa; la Europa toda dirigió sus miradas al esforzado capitán; la Inglaterra le condecoró con la honorífica orden del Baño, y el emperador Napoleón hablando de esta función de armas decía: «que si lord Cochrane hubiese recibido auxilio del almirante no habría salvado un solo buque de la armada francesa.» El Parlamento inglés quiso también contribuir con su contingente a la merecida ovación, votando una acción de gracias al héroe de Roads: mas como Cochrane divisase que el nombre de Gambier iría unido al suyo en este voto, eclipsándole tal vez, puesto que era el jefe aunque sólo aparente, manifestó en pleno parlamento que se opondría siempre a toda congratulación al almirante, cuya conducta era hartos vituperable en su concepto. Tamaña injuria no podía menos que causar un profundo resentimiento a Gambier, originándose de aquí una amarga enemistad fructuosa en desagradables consecuencias para lord Cochrane, poderoso su rival con el ánimo de los ministros y el prestigio de su rango.

El gobierno conocedor de las raras cualidades que Cochrane manifestaba para el mando, quiso enviarle en clase de almirante a la cabeza de una escuadra destinada a cruzar el Mediterráneo; pero él temeroso de las maquinaciones de sus enemigos, rehusó tan honroso cargo y prefirió quedarse en tierra. Apartado de las peligrosas aventuras que tanto sonreían a sus inclinaciones, lanzado en la vida dispendiosa y opulenta de Londres, cautivado con los placeres de la gran capital, proporcionándole su título y la fama que alcanzaba la mejor acogida en los círculos aristocráticos, érale menester para sostener el brillo de su nombre, expender sumas inmensas que no guardaban proporción con su moderado haber. Las consecuencias de esta imprevisión no se hicieron esperar por mucho tiempo; las circunstancias pecuniarias del lord se hacían de día en día más difíciles; así no es de extrañar que aceptase como su tabla de salvamento el expediente que le propuso su tío Cochrane Jhonstone. Era éste el de comprar acciones en la bolsa, esperanzados en que la terminación de la guerra continental las haría [146] subir de precio; pero la guerra se prolongaba y el emperador Napoleón apareciendo a la cabeza de sus legiones invencibles, amenazaba dar un golpe de muerte al comercio británico, que arrastraría en su ruina a los especuladores de bolsa; y este acontecimiento era para Cochrane no sólo la decepción de sus esperanzas sino la pérdida de su reputación, ancha oportunidad para la calumnia, que sus enemigos sabrían convertir en desdoro de sus glorias. El dilema era apretado, los partidos extremos y la ruina segura, inminente y deshonrosa. Cochrane Jhonstone que le había colocado en aquella situación, arbitró un medio harto delicado, que era el de esparcir noticias falsas asegurando la derrota de Napoleón, lo que hacia subir los fondos a su máximun. Sobre si Cochrane tuvo o no participación en este plan nada decente, poco puede decirse de cierto, inclinándonos sin embargo a creer que debe absolvérsele, vistos los satisfactorios descargos que hizo de su conducta en un manifiesto que ninguno de sus enemigos se atrevió a contradecir. Lo cierto es que descubierta la intriga y llevado el asunto a los tribunales, lord Cochrane y su tío fueron condenados a un año de prisión y 2500 pesos de multa, condenación infamante y tanto más dolorosa, cuanto que el valiente capitán brillaba entonces en el cenit de su popularidad; empero, el pueblo de Londres supo hacer de esta sentencia un glorioso triunfo, levantando una suscripción para cubrir la multa. Prevenido el ministerio contra Cochrane por las opiniones liberales que siempre había manifestado en la cámara, vio en la ovación popular que se hacía al marino, una injuria al gobierno, y empeñado en humillar al bando liberal en uno de sus caudillos, le hizo borrar de la Orden del Baño, y llevó su encono hasta arrojarle del parlamento. Irritados los electores de Westminster por los violentos proceder del gobierno, procuraron lavar el baldón con que solícitos enemigos afeaban el nombre del héroe de Roads, eligiéndolo nuevamente como su representante en la cámara. Lord Cochrane detenido en una cárcel y sabedor de su elección, escaló las murallas se presentó en el parlamento con gran sorpresa de los circunstantes y mayor de sus enemigos, confundidos con tan original audacia: sordos murmullos discurrían por los bancos de la sala y la asamblea se manifestaba en gran agitación, cuando un alcaide vino a reclamarle en nombre de la autoridad, para conducirlo nuevamente a la prisión (1814).

Fácil es concebir como después de este acontecimiento fuese insoportable a Cochrane vivir en el teatro de su desgracia. Apenas le fue posible anunció por los periódicos que deseaba ponerse al servicio de alguno de los nuevos estados sudamericanos, y pedía a sus amigos que le facilitasen algún dinero para trasladarse a la América. Don José A. Álvarez Condareo, nuestro comisionado en Londres, se apresuró a conferenciar con lord Cochrane, participando al gobierno chileno la oportunidad para hacerse de un jefe «quizá el más valeroso marino de la Gran Bretaña» y el dictador O'Higgins aceptó gustosísimo las propuestas del celebrado lord. [147]

El 28 de noviembre de 1818 arribaba lord Cochrane a las playas chilenas: Cochrane era para nosotros el símbolo de la unión entre la ciencia europea y el valor americano, entre la aventajada pericia de los pueblos del viejo continente y el ardoroso pero inculto entusiasmo de las nuevas naciones del mundo de Colón. Famoso ya su nombre, ilustrada su vida con heroicas expediciones que le elevaron al rango de las más distinguidas reputaciones, nos traía consigo esa nombradía militar que tanto influye en las batallas, inspirando en los camaradas la confianza del triunfo, e infundiendo en el enemigo el temor de la derrota; siendo muy de notarse que el noble marino, nacido en la tierra clásica de la libertad, se alistaba en nuestras filas no cual el codicioso aventurero que combate en donde quiera que haya valioso botín para su avaricia, sino como el desinteresado campeón de un principio moral que rinde la ofrenda de su espada en las aras de los pueblos oprimidos.

La llegada de Cochrane a nuestras riberas si bien fue recibida con merecido entusiasmo, colocaba a nuestro gobierno en una situación bastante embarazosa a consecuencia de los últimos sucesos marítimos que traían muy ocupada la atención pública. La escuadra nacional acababa de obtener una señalada victoria sobre las armas españolas en la bahía de Talcahuano; y el gobierno chileno temeroso de herir en su delicadeza al comandante Blanco, al bizarro jefe de la expedición que con tan singular brillantez había iniciado nuestras campañas marítimas, se encontraba perplejo, sin atreverse a proponerle que renunciase el mando. Pero el caballeroso Blanco, desoyendo los consejos que pudiera sugerirle un amor propio hartado fundado en el éxito de su primera empresa, se dirigió espontáneamente a la autoridad haciendo dimisión de su cargo, y declaró del modo más sincero, que no trepidaba en posponer sus recientes glorias a la incontestable pericia del marino inglés, bajo cuyas órdenes se complacería en prestar sus servicios a la causa de la independencia.

Hechos los preparativos indispensables, el vice-almirante Cochrane se hizo a la vela con la primera división de la escuadra, compuesta de cuatro embarcaciones; la O'Higgins, el San Martín, Lautaro y Chacabuco (14 de enero 1819) y en esta vez siguió como antes la táctica que le era acostumbrada, táctica fundada en la rapidez de los movimientos y en el estímulo que daba al valor de los soldados con la familiaridad de los grandes peligros. El vice-almirante quiso terminar la campaña de un solo golpe decisivo y se encaminó al Callao, puerto en que se guarecían las fuerzas españolas, que quería sorprender bajo sus mismos baluartes, amedrentando al enemigo con un ataque cuya dificultad le hacía imprevisto; empero, entonces con gran desagrado suyo le fue imposible la realización de su proyecto; porque descubierta la armada nacional, los españoles se mantuvieron bajo las fortalezas del puerto, con una cautela que rayaba en cobardía, frustrando los expedientes que a Cochrane sugería su ejercitada astucia, sin [148] embargo de que la impaciencia de éste, le arrastró hasta la temeridad de introducirse entre la misma flota enemiga y mantenerse por dos horas con su solo buque, desafiando las balas de todas las fuerzas marítimas y de los castillos terrestres. Esta primera campaña, sin embargo de algunas presas, no produjo otros resultados que revelar a nuestra marina la conciencia de su propia fuerza, adiestrar las inexpertas tripulaciones y enseñar al pueblo chileno que las voces de la fama no eran exageradas cuando pregonaban las hazañas del vice-almirante, que en esta expedición no solo se manifestó intrépido y mañoso como se esperaba, sino también organizador infatigable empeñado en la instrucción de su tropa bisoña.

De vuelta a Valparaíso el gobierno dispuso que se hiciese nuevamente a la vela, al mando de nueve embarcaciones, abriéndose la segunda campaña, no ya bajo el plan de asaltar al enemigo que se juzgaba imposible, sino de incendiar sus naves por medio de brulotes que se traían apercebidos para el efecto; pero esta vez como antes los esfuerzos

de Cochrane anduvieron estériles, contrariados por muchedumbre de circunstancias imposibles de evitarse, y nada pudo conseguir su diligencia de la impasibilidad del enemigo, protegido por los elementos y seguro en su ventajosa posición.

Permanecer más largo tiempo en aquella situación habría sido inoficioso; porque la flota española se manifestaba decidida a continuar en su prudente defensiva; así es que el vice-almirante se determinó a dar la vuelta a Valparaíso, agriado su ánimo con la esterilidad de la campaña, mal cumplidos los anhelos de su ambición, desvanecidas las lisonjeras esperanzas, que se habían cifrado en el éxito de la expedición. Érale necesario un triunfo ruidoso, de arriesgada consecución, para indemnizarle de la incómoda inacción a que se veía condenado; éranle necesarios los combates reñidos, algo de grande para ocupar su espíritu, algo de admirable para dejar al Pacífico el recuerdo de su nombre, ligado a gloriosas hazañas; y así entregado a su despecho, meditaba con ahínco sobre alguna empresa que arrancase su alma del desaliento que la embargaba. El asalto de Valdivia fue el resultado de sus meditaciones; y a le que el proyecto era digno del almirante, digna de celebrarse su sola concepción, admirable, maravilloso sí se llevaba a cabo, reportando ventajas de seria consideración para la causa de la independencia.

«El puerto de Valdivia es reputado, por el más fuerte e inexpugnable del Pacífico. Supóngase la angosta desembocadura de un río navegable, cuyas orillas guardan bosques espesísimos en que la luz del sol no puede penetrar. En la extensión de cinco leguas que hay de la punta exterior a la ciudad de Valdivia, una cadena de castillos, cuyos fuegos se cruzan en todas direcciones, dominan completamente la marina y son árbitros de todo lo que se coloca bajo su acción. Estos castillos son comenzando a contar por la banda del sur, los del Inglés y San Carlos, que están hacia la parte saliente de la costa: sigue Amargos que cierra la entrada principal con el [149] Niebla de la opuesta orilla: el Chorocamayo, que hace fuego con el Piojo, a poca distancia de los dos nombrados; en fin, el Corral, el Mancera y el Carbonero que dan frente a la avenida de los buques y cierran completamente el paso del río. Estas fortalezas estaban coronadas por 118 piezas de 18 y 24, y cada cual se veía resguardada con un friso profundo y una muralla.

Tal era el puerto que lord Cochrane iba a expugnar a viva fuerza, con sus 550 hombres de tierra y la marinería de sus tres buques.» (García Reyes. Memoria sobre la primera escuadra nacional).

Caía ya la tarde del día 3 de febrero de 1820 cuando nuestros buques Intrépido y Motezuma anclaron a la vista del enemigo, enarbolando la bandera española con que se pretendió engañar a las guarniciones de las fortalezas aunque infructuosamente; pues repetidas descargas manifestaron la voluntad que tenían los españoles de aprovechar lo inexpugnable de sus posiciones y castigar en la escuadra chilena la inaudita osadía de su jefe. El enemigo concentró en el fuerte Inglés 300 hombres aguerridos y despachó una partida de 75 para impedir el desembarque de los patriotas, los que arrostrando la recia fusilería de la tropa apostada en la ribera, lograron apoderarse de ella, mientras la partida española se retiraba a reunirse en el fuerte con el grueso de la división. Los agresores, favorecidos por las tinieblas de la noche, emprendieron el asalto de la fortaleza, escalando las murallas, y se lanzaron furiosamente sobre los sitiados, que sobrecogidos de espanto a tan inesperado ataque, abrieron precipitadamente la puerta del fuerte huyendo por allí los unos, arrojándose los otros por los muros, completamente desorientados y en tan derecha derrota, que una partida que acampaba a espaldas de la fortaleza, contagiada por el ejemplo de sus compañeros, abandonó también el campo a los nuestros. Dueños del fuerte Inglés, la rendición de los otros castillos no ofreció considerable dificultad, y Cochrane que seguía con avidez cada paso de nuestras tropas,

tuvo la satisfacción de ver su atrevida tentativa coronada del éxito más completo, de manera que al día siguiente pudo tomar posesión de la ciudad en nombre de la República.

La toma de Valdivia fue no solamente uno de los más hermosos hechos de armas que ilustran los fastos de nuestras guerras, no solo una de esas funciones militares que recuerdan a la imaginación las edades heroicas de la caballería, sino también un acontecimiento político de fructuosas consecuencias para la lucha de vida o muerte en que estaba empeñada la República: Valdivia era el núcleo de acción para las fuerzas españolas, el punto de apoyo de las guerrillas del sur acaudilladas por el feroz Benavides, el baluarte inexpugnable a que se aferraba con porfía el humillado poderío de la metrópoli. El gobierno de Chile se mostró altamente satisfecho del distinguido comportamiento del vice-almirante y como manifestación de su gratitud le obsequió la hacienda de Quintero y decretó a la división que [150] sirvió bajo su mando una medalla con esta inscripción: La patria a los heroicos restauradores de Valdivia. Rendida Valdivia, el Gibraltar del pacífico, lord Cochrane no consentía en volver a Valparaíso hasta no concluir con el último resto del ejército español, y con este propósito tomó por blanco de sus operaciones la isla de Chiloé, en que se mantenía fuerte todavía una división enemiga al mando del general Quintanilla. Sin embargo la intentona era aún más arriesgada que la anterior y los peligros subían de punto a proporción que las filas patriotas se habían disminuido con la guarnición que fue necesario dejar en Valdivia, a lo que debe añadirse la completa inutilidad de dos de las mejores embarcaciones expedicionarias; mientras los españoles contaban sobre mil veteranos, numerosas milicias bien disciplinadas y bien resguardados sus acantonamientos por la fortaleza de Aguí, que dominaba gran extensión de mar con sus poderosas baterías.

Los esfuerzos del vice-almirante sobre la playa de Chiloé, aunque tan hábilmente secundados por los jefes chilenos, no surtieron otro efecto que poner más en claro el valor de nuestros soldados, que tras varios y encarnizados encuentros se vieron obligados a retirarse a los buques de la escuadra; mas no como derrotados que huyen desalentados dando espaldas a los perseguidores, sino que cediendo al número superior y a la superioridad de las posiciones, emprendieron una honrosa retirada en la que sabían infundir al enemigo el respeto que se debe al valor, aunque contrariado por las circunstancias.

Desalojados casi completamente los españoles de nuestro territorio, el gobierno de Chile resolvió llevar a ejecución el gigantesco proyecto de lanzar sobre el Perú nuestras armas victoriosas; proyecto de vital trascendencia y que sobre envolver la idea de la fraternidad americana en el común empeño de la independencia, encerraba por otra parte el objeto político de atacar el poder de la metrópoli en su propio corazón. El general San Martín, jefe de las fuerzas marítimas y terrestres, debería expedicionar por tierra, mientras Cochrane a la cabeza de la escuadra, protegería las costas, daría caza a las naves españolas que pudiesen surcar estos mares y apretaría el sitio del Callao. Este puerto le había sido dos veces fatal: dos veces la prudencia española había burlado su maña; y el ilustre almirante desde que divisó la bahía, se propuso manifestar al enemigo que en esta ocasión venía decidido a vengar la pasada afrenta de su inacción sin que los obstáculos materiales fuesen poderosos inconvenientes para arredrar al genio despechado. Como preludeo de la campana, ejecutó a la vista del mismo enemigo, una de aquellas acciones que se conservarían por la tradición con los colores de la fábula, a no ser tan numerosos los testigos que las transmiten a la posteridad con la autenticidad de la historia.

«La bahía del Callao está cerrada por la isla de San Lorenzo que deja dos entradas al surgidero; la que cae a la parte del N. O. es ancha y espaciosa [151] y por ella hacen su entrada los buques; la del S. O. es estrecha y sembrada de escollos por lo que se le llama el Boquerón. Jamás se había visto pasar por esta boca mas que los barquichuelos, llamados místicos que hacen el comercio de la costa y cuya dimensión ordinaria no pasa de cien toneladas. Sin embargo a Lord Cochrane se le ocurrió atravesar el Boquerón con una fragata de 50 cañones. Los enemigos viendo hender la O'Higgins por aquellos siempre respetados escollos, creían a cada momento verla fracasar y alistaron las lanchas cañoneras para atacarla en el momento que hubiese dado en el peligro. Para gozar del espectáculo la guarnición de los castillos se había subido a lo alto de las murallas, y las tripulaciones de los buques suspendido sus faenas, quedaron con la vista fija aguardando el resultado de aquella extraña aventura. Mas con sorpresa de todos, la O'Higgins cruzó serena por medio de las rocas, dejando atónitos a los espectadores que no podían darse razón del extraño desenlace de aquel audaz capricho. El paso del Boquerón ha sido un suceso que ha quedado grabado en la imaginación del pueblo del Callao, y la tradición muestra aún asombrada el lugar por donde surcó el almirante Cochrane.» (García Reyes).

La escuadra española estacionada en el Callao estaba colocada de una manera en extremo favorable, no solo para eludir el ataque de cualquiera agresor, sino para rechazar a un enemigo cuyas fuerzas fueran en extremo mayores. La línea formada a manera de semicírculo se componía de la fragata «Esmeralda», una corbeta, dos bergantines, dos goletas de guerra; tres grandes buques mercantes armados y veinte lanchas cañoneras; y no contentos aun se habían rodeado de cadenas y palizadas flotantes, guareciéndose bajo los 200 cañones de los castillos.

La fragata Esmeralda había excitado desde luego la codicia del Vice-Almirante, que apenas concebido el deseo, trató de satisfacerlo, penetrando en la línea enemiga por el estrecho boquete que se había dejado en las cadenas para la entrada de los neutrales. Al efecto apercibió 240 hombres de los más aguerridos y el 5 de noviembre a las diez y media de la noche, 14 botes se destacaron silenciosos de los costados del buque almirante, distribuidos, en dos líneas paralelas de las cuales era la una encabezada por el Vice-almirante en persona, dirigida la otra por el intrépido capitán Guisse. A las doce de la noche llegaron a la línea de cañoneras enemigas y habiendo un centinela gritado «¿Quién vive?» «silencio o mueres», le dice Lord Cochrane y continuó su derrotero a la Esmeralda que a poco rato se vio cercada de nuestros botes, cuyos jefes seguidos por la tropa salieron al instante sobre la cubierta de la fragata, tomando Guisse el costado de babor, mientras Cochrane trepaba por el de estribor dando muerte al centinela. Ambos jefes se dieron la mano en la mitad de la cubierta como Wellington y Blucher en el campo de Waterloo ambos a una animaban la entusiasmada soldadesca. Bien que cogidos de improviso los españoles, [152] trataron de rehabilitarse de la sorpresa haciendo una desesperada resistencia en el castillo de proa, en el cual sostuvieron un recio fogeo por más de un cuarto de hora: la lucha era tremenda en la oscuridad de la noche; enardecidos los combatientes con su rabia los unos, con su entusiasmo los otros, mortales todos los golpes en la pequeña distancia que los separaba. Después de esta breve pero sangrienta pelea, la fragata quedó en poder de los abordadores con una pérdida por nuestra parte de 11 muertos y treinta heridos entre los que debe contarse el bizarro almirante aunque no de gravedad; mientras la del enemigo subía a 175 hombres. El clamoreo de los soldados, el ruido de la fusilería y el brillo de los fogonazos puso en alarma a toda la bahía: los castillos principiaron a funcionar con graneadas descargas siguieron también las cañoneras y las balas granizaban por todas partes. Los buques neutrales para no ser confundidos con los asaltadores en el mortífero fuego izaron unos

faroles que era la señal convenida con los españoles en caso de alguna alarma; pero Cochrane supo sacar partido de esta circunstancia; pues se valió de la misma, señal de los neutrales y pudo de esta manera sacar a remolque a la Esmeralda y además una lancha cañonera. La captura de la Esmeralda bien podía compararse al asalto de Aix-Roads y este golpe de mano tan audaz como afortunado, destruyó para siempre la prepotencia española en nuestros mares.

Con el apresamiento de la Esmeralda termina la gloriosa campaña que suplantó en el Pacífico el estandarte republicano al pendón de la metrópoli y las operaciones subsiguientes pertenecen más bien a la crónica privada que puede dispensarse de narrar el biógrafo, mayormente estando sin ofrecer el interés histórico, traen al pensamiento amargos recuerdos, que mal se ligarían a la justa memoria de aquellos días. El Vicealmirante se había retirado a su hacienda de Quintero y desde allí juzgando terminada la tarea que tan noblemente se impuso y que con tanto acierto satisfizo, dirigió una comunicación al Gobierno, en la cual hacía dimisión de su cargo, para ponerse al servicio de otra sección americana que batallaba a la sazón por conquistar su independencia. Era ésta el imperio del Brasil, cuyos disturbios políticos le habían llevado a términos de constituirse independiente de la dominación portuguesa y que habiendo menester jefes cuya pericia guerrera estuviese acreditada hizo a Lord Cochrane las más lisonjeras proposiciones para que se pusiese, al mando de la Escuadra Brasileira.

Aceptadas las ofertas del Emperador, Lord Cochrane a la cabeza de sesenta naves bloqueó el puerto de Bahía en que se habían hecho fuertes los portugueses que contaban una escuadra de ochenta velas y contra la cual no trepidó el impávido Lord en presentar batalla. Mas el enemigo la rehusó y aprovechando el viento, se alejó de la armada independiente, lo que visto por Cochrane principió a darle caza y logró capturarle muchas de [153] sus embarcaciones; se apoderó de gran cantidad de armamento que conducían y volviendo a tierra se rindieron en sus manos las plazas de Para y Maranhán. El Emperador agradecido por las ventajosas adquisiciones materiales que le reportaron las rápidas proezas de Lord Cochrane le creó noble del imperio con el título de Marqués Maranhán; mas como la tierra hubo de terminarse, Cochrane para quien la inacción era la muerte, resolvió volver a su patria, a donde había ya llegado su nombre con el nuevo prestigio que le añadiera el interesante rol que le cupo representar en ese bello drama de la emancipación americana.

Llegado a Inglaterra, un nuevo campo se ofrecía a su actividad una nueva causa, noble en su origen, simpática para el universo todo y que por entonces traía en gran manera precipitada atención de la Europa, vino a reclamar el tributo de sus servicios. La patria de Milcíades, resucitada de su letargo a los cantos de Rigas, se aprestaba a ceñir la espada de Maratón, disputando a los sectarios de Mahoma esa tierra consagrada con la sangre de los héroes que inscribieron sus nombres entre los mártires de la libertad. La Europa civilizada apoyaba a la Grecia contra la Europa bárbara y los más famosos capitanes se apresuraron a enrolarse en esa cruzada de la civilización y libertad cristianas contra la ignorancia y tiranía del paganismo: cúpole también a Cochrane la honra de ocupar un puesto disminuido en las filas libertadoras, dándosele el título de Gran Almirante; empero sus talentos encontraron muy pocas ocasiones en que ejercitarse, desde que las flotas combinadas de Inglaterra y Rusia destruyeron completamente la armada otomana. Sin embargo los piratas experimentaron con escarmiento su infatigable actividad y la Grecia unió su voz a la América en los aplausos al héroe que había combatido por la emancipación y gloria de tantos pueblos. Desde esta última campaña la vida de Cochrane ha sido la del gladiador que descansa sobre los laureles de cien combates, que concluida la marcial tarea se retira del palenque

que ha ilustrado con su nombre, para servir de admiración a los que presenciaron sus hazañas y de estímulo viviente a los que pretenden imitarlas. La Inglaterra supo perdonar al héroe el descarrío de un momento en favor de los méritos de tantos años y le restauró a sus honores y dignidades, confiándole diversas comisiones que ha llevado a cabo con su acostumbrado acierto. La muerte de su padre le ha hecho conde de Dundonald, uniendo la distinción de la cuna a los títulos del valor.

Hijo mimado de la fortuna, Cochrane ha sido uno de esos invencibles combatientes de la antigua mitología, uno de esos temerarios paladines de los siglos caballerescos, de infatigable actividad, de ardiente y nunca desmentido arrojo: soldado de la libertad, ha combatido en donde quiera que haya habido un pueblo esclavo alzándose contra el yugo del opresor. Hay en sus batallas algo que recuerda los torneos de la edad media, [154] por lo caballeroso del guerrero, por esa porfiada bravura que sólo la fe y el amor a la libertad pueden infundir: hay algo en ellos de esos sangrientos encuentros de los españoles y araucanos, por lo encarnización de la lucha, por las fabulosas proezas de los combatientes. Su táctica ha sido vencer, casi siempre con fuerzas inferiores, sus máquinas de guerra el denuedo de sus soldados, su propio arrojo, su inalterable prudencia, y como los grandes capitanes, como César y Napoleón, la rapidez de los movimientos, lo súbito del ataque, el irresistible empuje de los primeros choques, fueron siempre sus medios de triunfo.

Cochrane no es un guerrero adocenado; pues la historia de los tiempos en que han florecido las más eminentes capacidades guerreras, le ha consagrado hermosas páginas entre Nelson y Gravina: no es uno de esos hombres vulgares a quienes el caprichoso impulso de la fortuna ha arrancado de la oscura esfera en que habían nacido para vegetar; pues cada uno de sus grados ha sido una victoria y cada victoria un esfuerzo admirable de intrepidez y talento; no es una de esas figuras que tan a menudo encontramos en la historia y que como los héroes de teatro pasan delante de nosotros sin dejarnos un recuerdo de sus acciones; porque sus hechos de armas han servido para conquistar la libertad o afianzar la independencia de cuatro naciones que le adoptaron como su campeón, para bendecirle después como su libertador.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

